

## POLÍTICAS DE LA AMISTAD

Adrián López Cabello

**S**iguiendo un estilo filosófico no muy ortodoxo, complejo y grandilocuente, Derrida nos presenta estas dos obras, *Políticas de la amistad seguido de El oído de Heidegger*,<sup>1</sup> en las que interpreta, desde su llamada orientación analítica deconstructiva, la relevancia que la unidad binaria de los conceptos *amigo-enemigo* ha tenido en la generación de los discursos teóricos y prácticos de la política a lo largo de la historia del pensamiento filosófico de Occidente —y especialmente en autores contemporáneos como Carl Schmitt y Martin Heidegger. A partir de este par de conceptos, este autor cree haber encontrado las claves para la comprensión de las políticas occidentales y el núcleo originario de todo su andamiaje concep-

tual. En opinión de Derrida, nociones decisivas para las políticas modernas como las de igualdad, libertad y democracia, estarían construidas sobre la base de la exigencia de *fraternalización* del género humano, orientada por la figura imaginaria del *amigo* y la exclusión —tal vez con agravio, perjuicio, daño o fría tolerancia— del *enemigo*, al cual le serían imputables todas las faltas a los ideales humanamente fraternales de los *amigos*.

Derrida encuentra en el lenguaje de la democracia occidental una extraña paradoja que marca la violencia misma de su discurso, aun desde los comienzos de su historia, tanto en las poderosas y trágicas figuras de la fraternidad de la tradición helénica, como en la hebrea: Atreo y Tiestes, Abel y Caín. Todos ellos expresión de la *amistad* originaria —de la fraternidad— y, extrañamente, de la *enemistad* más ferozmente absoluta. Así

---

<sup>1</sup> Jacques Derrida, *Políticas de la amistad seguido de El oído de Heidegger*, Madrid, Trotta, 1998.

comienza, para Derrida, la historia de la humanidad y la tensión dialéctica de las políticas de Occidente entre *lo propio* y *lo extraño*.

Derrida nos remite, para fijar la discusión sobre el sentido de los conceptos *amigo-enemigo*, a toda la tradición desde la cual derivan. Comenzando por el fragmento 53 de Heráclito, pasa al *Lysis* de Platón, donde por primera vez se discute la definición de la amistad, y continúa con algunos pasajes relevantes en las éticas de Aristóteles y en los escritos de Cicerón, Montaigne, Kant, Hegel, Nietzsche y otros más. En todos ellos encuentra un síntoma extraño: se hallan perplejos ante su propia imposibilidad de definir la amistad, de definir al *amigo*; esa misma perplejidad que haría decir a Sócrates al final del *Lysis*: "...parece que no hemos logrado definir lo que es el amigo", y al propio Aristóteles: "Amigos míos, no hay amigos". En esta imposibilidad de definir al *amigo*, Derrida cree hallar la causa misma de la indeterminación de un lenguaje de principios universalmente válidos para hablar de la política en Occidente; la indeterminación del *amigo*, como noción básica que soporta y da sentido a los valores humanos, significaría la innecesaria obstinación de prolongar un discurso sobre la democracia, la igualdad y la libertad—un discurso de la *fraternidad*— como hasta ahora se viene haciendo en Occidente.

Una vez fijadas sus tesis centrales y a partir de la interpretación de la tradición filosófica sobre estos conceptos, Derrida asume una larga discusión sobre el lugar que ocupa la noción dual del *amigo-enemigo* en la definición de *lo político* en Carl Schmitt y en la definición del *Ser* en Martin Heidegger.

Encuentra marcadas afinidades teóricas en ambos: el recurrente tema de *la técnica* moderna como mecanismo de despolitización de la política y causa del olvido del *Ser*: de lo existencialmente más relevante para el hombre; la referencia al fenómeno de *la muerte* como el suceso privilegiado de la existencia, frente a la cual se decide más intensamente la vida humana; la búsqueda de *definiciones ontológicas* originarias para hallar el sentido cotidiano de la experiencia pública del *Ser* y de lo político; y el suceso de *la decisión* [*der Entscheid*] como *el llamado* [*der Ruf*] al que los individuos y los pueblos han de atender para orientarse históricamente en los momentos de coyuntura individuales o políticos. Sin duda el fenómeno de *la decisión*, que exigiría elegir entre *lo propio* y *lo extraño*, se expresaría, para Derrida, entre distinguir al amigo del enemigo [*Freund-Feind*] en la dimensión política y, análogamente, distinguir lo propio de lo impropio [*eigentlich-uneigentlich*]—lo habitual de lo no habitual [*gewöhnlich-ungewöhnlich*]— en el ámbito cotidiano de acción de las personas.

Derrida considera que la afirmación de la política actual en términos de *fraternidad*, expresada en los ideales de la democracia liberal, contiene un juego de reproducción del imaginario colectivo y de los supuestos telúricos occidentales, marcadamente distintos de aquellos que no comparten ese reino de los fines humanos en el que los *amigos* se reconocen como libres e iguales. De ahí que invirtiendo una celebre frase de Hölderlin nos diga: ahí donde crece la salvación crece también el peligro. Es decir, donde surgen los llamados a la amistad y a la concordia, a la pacificación y al consenso, ahí también crecen los chantajes atómicos, los bloqueos económicos, los desembarcos y la violación de la soberanía de las naciones; todo ello bajo el amparo de un discurso moralizador y justiciero monopolizado por un centro que no se halla ahora en ninguna parte pero que, para Derrida, se hace más presente que nunca en un lenguaje absolutamente excluyente del Otro, del *enemigo*: el discurso de las *políticas de la amistad* con Occidente.

Derrida observa que la teoría decisionista de Schmitt parece tomar actualidad no sólo como ejercicio estratégico de las políticas nacionales e internacionales oficiales, sino aun desde los pequeños movimientos fundamentalistas, nacionalistas y guerrilleros que se orientan por un claro llamado a la unidad colectiva evocando lo telúrico: a la

*amistad*, a lo propio y originario, para hacer frente y así definirse a sí mismos respecto al Otro parcial o absoluto: el *enemigo*. Derrida no puede sino considerar como algo completamente extraño el hecho de que el planteamiento schmittiano se acomode tan bien tanto a los movimientos más conservadores y revolucionarios como a las políticas *humanitarias* de las naciones más poderosas del mundo.

Por lo demás, la intención deconstructiva y el estilo más bien poético-literario con que Derrida asume el análisis de los conceptos *amigo-enemigo*, deja la extraña sensación de estar leyendo un texto escrito con muy poco rigor filosófico y sin pretensiones de decir más sencillamente lo que podría ser más conciso y explícito. Probablemente si Derrida hubiese atendido a esto último su texto sería muy breve.

Debo decir que el esfuerzo que exige la lectura de este libro es inmenso y desorientador en comparación con el bajo contenido de conocimiento que arroja. Puede ser que resulte más ameno en otros tiempos y lugares, para un público especializado en Derrida o para “los amantes del género”, pero sin duda no es una lectura recomendable para aquellos que quieran acercarse a comprender con claridad las discusiones y problemáticas de la teoría política moderna, y el tipo de argumentación que ella exige.